



representativos del pasado, fueron calificados de "arquitectura monumental" y desautorizados. Lo que se proponía a cambio era una visión reduccionista de la ciudad, en la cual la edificación menor, y entre ellas prioritariamente la vivienda, era la única verdad válida para nuestros países. Resulta por lo menos curioso que mientras un buen número de conjuntos habitacionales y de obras de equipamiento social tratan de integrarse al entorno preexistente en las zonas céntricas o de "crear un lugar" en la periferia, coexista en el discurso de algunos de estos arquitectos el desprecio por la arquitectura "monumental".

Esta falsa dicotomía se convirtió en sustento de las propuestas de diseño y en tamiz para mirar la realidad. La riqueza que se había logrado en otras latitudes con el análisis tipológico, se transformó bajo esta óptica en un instrumento funcionalista de estudio de la arquitectura popular. Se trató de encon-

trar la racionalidad de las soluciones populares, buscando para cada expresión formal y espacial la razón útil que la justificaba. Muchos de los estudios de la época revelan una enorme ceguera que dejó de lado elementos valiosos de la arquitectura popular. Esta incapacidad es evidente en las soluciones que repetían (sistematizándolos) elementos formales, que sin relación entre sí y con la obra total, se añadían a un esquema heredado del funcionalismo.

Fue común en esta etapa la transposición de los criterios utilizados en el análisis de la arquitectura tradicional, al estudio de la arquitectura popular en zonas urbanas. Se volvieron las miradas hacia la autoconstrucción para revalorarla y extraer de ella las enseñanzas necesarias para las propuestas de los arquitectos; sin embargo, bajo la influencia de posiciones como la de John Turner, se hicieron lecturas voluntaristas en donde aparece como trasfondo la filosofía de que todo aquello que viene de las clases populares (pobres), es por sí mismo bueno. Se pasaron por alto hechos tan importantes como la experiencia previa y variada de los inmigrantes urbanos, y sobre todo, el complejo proceso que estaban viviendo: por un lado el desarraigo con respecto a sus orígenes, y por el otro, una voluntad (no menos conflictiva) de integración a una cultura tan diferente como la urbana. Se confundió la contingencia con la voluntad, creyendo que las soluciones adoptadas eran productos de una cultura popular urbana, cuando ésta estaba en formación y sujeta a cambios y emergencias permanentes.

Estas corrientes que sí podemos calificar de "sociologistas" o de "antropologistas", llegaron a una idealización de "lo popular" de corte ruskiniano, en donde sólo cabían dos opciones: no tocarlo, o repetirlo modernizando las técnicas y procesos constructivos. Curiosamente coinciden en esta última opción enfoques aparentemente tan distintos como el "antropologista" y el "metodologista", en lo que toca a la arquitectura popular urbana.

El encuentro con esa otra realidad, conformada por grandes masas construidas sin arquitectos, fue un enfrentamiento con una nueva formalidad que aún nos cuesta entender. Y así como hubo un primer momento de idealización (no del todo superado), se logró en algunos casos llegar al cuestionamiento de su formalidad y a la certeza de que esta podía y debía ser superada. En un segundo momento se dieron experiencias valiosas en Chile, Uruguay, Argentina, Méxi-

co, Brasil, Colombia, etcétera, en donde la forma y la espacialidad adquirieron un papel determinante, y cuya resolución se debió no ya al abandono formal o a la imposición vertical por parte del arquitecto, sino a una actitud y una relación diferentes, en donde el arquitecto se sabía poseedor de una serie de herramientas que le permitían proponer sin culpas, soluciones espaciales y formales a la discusión colectiva. Ejemplos notables de esta nueva etapa, son los conjuntos realizados en el Uruguay por el (Instituto Asesor ccu) tanto en los programas de Cooperativas de Ahorro Previo (para sectores medios), como en las de Ayuda Mutua (para sectores populares), en la década de los setenta; y más recientemente el Conjunto Barrio Norte realizado por el equipo de Mariano Arana, Jack Couriel, Ana Gravina y Mario Spallanzani.¹⁵

Algo similar podríamos decir de la arquitectura regional que desde hace ya muchos años se viene desarrollando en América Latina. En un primer momento fueron comunes las soluciones arquitectónicas que, en busca de una expresión propia, recurrieron a los materiales locales para envolver estructuras espaciales propias del modernismo, como lo fueron también las obras de arquitectura de corte folklorizante, que tanto han confundido el análisis de la arquitectura nacional y latinoamericana. En la actualidad, y desde hace varios años, un gran número de arquitectos en forma individual o formando grupos profesionales vienen actuando en ciudades medias y en poblados tradicionales con una nueva visión y librando una batalla cotidiana contra la destrucción del entorno construido y su sustitución por obras que no son otra cosa más que una visión empobrecida de la modernidad.

La Modernidad en boca de la arquitectura penetró casi todos los espacios de nuestro continente; se introdujo en nuestras ciudades menores y en los poblados tradicionales, adoptando un lenguaje casi siempre barato y sumamente impositivo. No sólo salpicaron indiscriminadamente todo el tejido urbano con obras nuevas, también impusieron su lenguaje en ampliaciones y remodelaciones que se superponían a las estructuras originales estableciendo un diálogo confuso y autoritario con el entorno. Desarrollar en este contexto una arquitectura moderna y apropiada no ha sido una tarea fácil ni carente de contradicciones. La fuerte carga del ambiente histórico, el peso de una cultura consolidada y las limitaciones económicas han sido ingre-

dientes difíciles de conciliar con la visión que tenemos de la arquitectura moderna.

A nivel regional es aún mayor la tentación de recurrir al mimetismo o al enfrentamiento formal, y están ahí para atestiguarlo un gran número de obras folklorizantes, que adoptando un ropaje elemental, terminan por no representar a nada ni a nadie. También está una gran cantidad de edificios "modernos" que después de establecer una ruptura con su entorno en el "momento del estreno", se convierten rápidamente en obras intrascendentes, insulsas y pasadas de moda con las que hay que convivir. Todo ello nos debería hacer más cuidadosos al calificar aquellos intentos que pretenden realizar en estos contextos una arquitectura apropiada; calificarla en bloque de "neovernacular" es menospreciarla, impidiéndonos ver lo que ella tiene de común con la construcción de una arquitectura apropiada para nuestra realidad latinoamericana.

Esta nueva arquitectura regional es producto, entre otras cosas, de una revisión de la práctica tradicional y de su actitud frente al patrimonio urbano y arquitectónico. Es una nueva visión de la arquitectura moderna que requiere nuestros países, y en ella están presentes con gran fuerza la historia, la antropología, la psicología, la sociología y la economía, como apoyos insustituibles de la arquitectura.

No pueden dejarse de realizar en este panorama algunos señalamientos sobre el territorio de lo urbano, que involucró a cientos de arquitectos en el continente, modificando su práctica profesional.

El "urbanismo" fue la vía de entrada. Con sus ideas globales sobre la ciudad moderna, respondía a los requerimientos y expectativas que tenían los primeros arquitectos del movimiento moderno en nuestros países. Se presentaba como una extensión, en escala, de la arquitectura; sus lineamientos generales no se alejaban demasiado del territorio conocido, y aparecía como una herramienta útil para enfrentar los problemas modernos.

En un segundo momento, surgen cuando menos cuatro líneas diferenciadas que tuvieron una repercusión importante en la práctica de los arquitectos: la planificación, las ciencias sociales (sociología, economía y antropología urbanas), el diseño urbano, y la concepción italiana de ciudad a una escala menor.

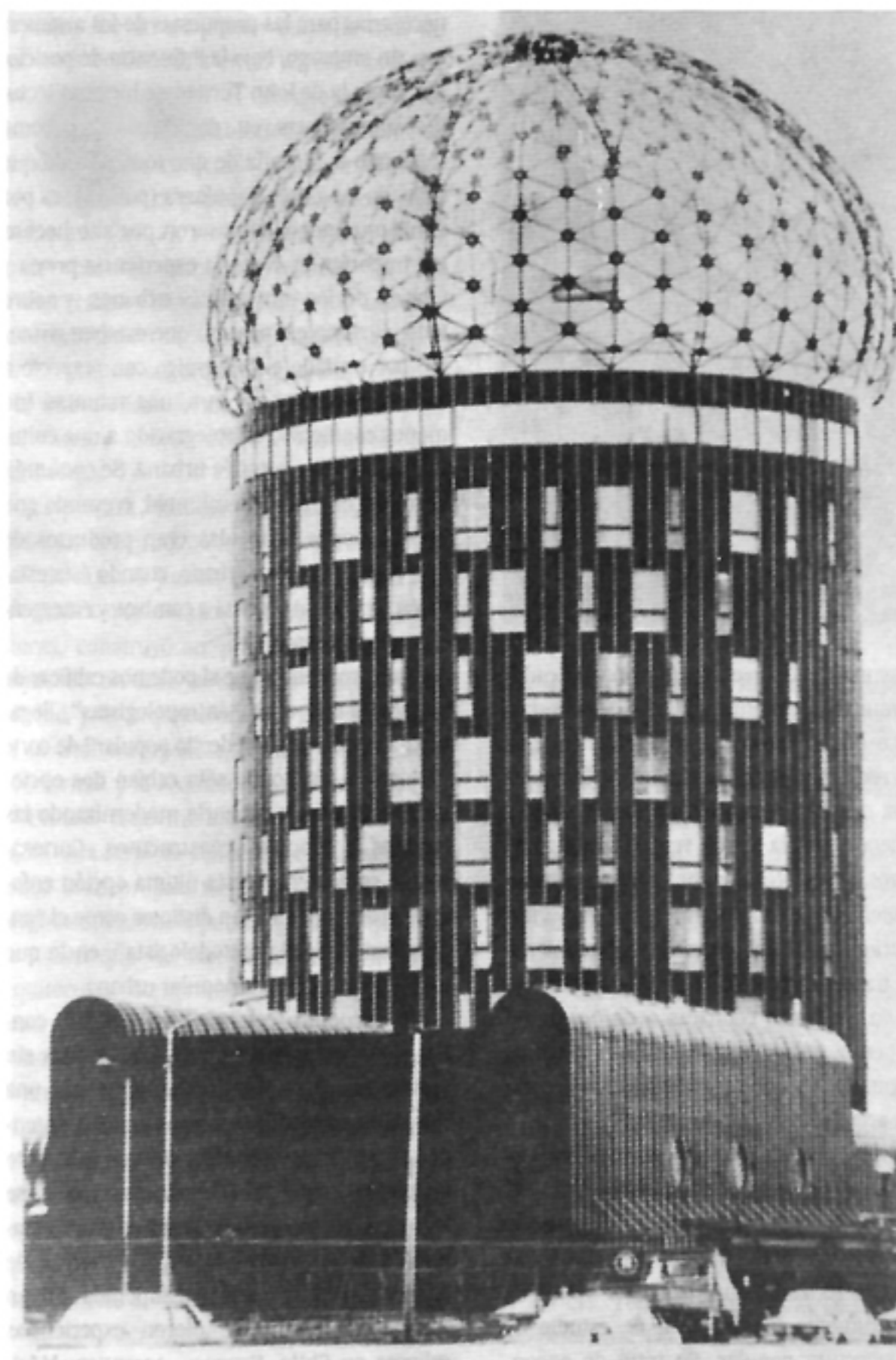
La planeación urbana adquiere carta de ciudadanía en nuestros países a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre los

Asentamientos Humanos, realizada en Vancouver, Canadá en 1976. La Declaración emitida por esta Conferencia parecía abrir enormes posibilidades para la reordenación del territorio, que en el caso de América Latina, había alcanzado ya dimensiones caóticas. Señalaba al Estado como agente rector del desarrollo socioeconómico y a la planeación física como el instrumento para lograrlo.

La planeación urbana, en este contexto, adquiría una relevancia especial como transformadora de la realidad existente. Su campo de desarrollo fue el aparato estatal, y a partir de él se planificaron ciudades grandes y pequeñas, así como sistemas de ciudades y regiones hasta abarcar el territorio nacional.

La fe en sus instrumentos fue enorme, como lo fue también la convicción de que sólo a través de modelos más o menos generalizables, era posible dar solución a situaciones tan variadas como las presentadas por nuestra realidad.

Las mayores limitaciones de la planeación urbana se evidenciaron en su enfrentamiento con la realidad. Primero, porque las soluciones planteadas a esa escala no respondían sino a las situaciones globales, dejando de lado las particularidades locales, y segundo, porque el carácter unidireccional de las propuestas, enfrentaba a los poderes locales y a los grupos de la sociedad civil. La planeación urbana, presentada como un instrumento técnico, era en



realidad utilizada por el Estado como medio político de control territorial.

Como herramienta permitió desenmarañar el tejido urbano que parecía inasible, identificar los nudos de conflicto en su funcionamiento y proponer alternativas de solución, sin embargo, tenía las limitaciones de su lógica funcionalista. Concebía a la ciudad como un organismo enfermo al cual había que restablecer el equilibrio perdido. Los conflictos y las luchas sociales eran vistas como un obstáculo para la ejecución de soluciones asumidas como buenas para el interés general.

Como instrumento de control político, la planificación se vio limitada por la negociación y la ausencia de la voluntad política para transformar la ciudad, el territorio y las relaciones económicas y sociales que en él se desarrollaban. Su impacto sobre el territorio y sobre la ciudad concretos fue muy limitado y pronto llevó a muchos de sus seguidores a un desencanto en los instrumentos y a una frustración vivida como personal. Muchos profesionistas habían asumido la planeación urbana como la respuesta a la ciudad contemporánea y a las limitaciones de la arquitectura; se involucraron creyendo en ella y fueron defraudados; la planeación ni dio cuenta de la complejidad de la ciudad, ni tuvo la efectividad esperada. Al no ser llevadas a la práctica sus propuestas, terminó convirtiéndose en un juego intelectual sin repercusión alguna sobre la realidad. El desencanto sufrido por ciertos planificadores se convirtió una tarde en un rechazo por toda especulación teórica de allí que algunos de sus adeptos iniciales se transformaran en defensores rabiosos del retorno a un oficio desprovisto de toda connotación ideológica.

En este encuentro con la ciudad, se pasó en algunos casos del descubrimiento de la estructura física, al de la estructura social, tanto más compleja que la anterior. Se recurrió entonces a las ciencias sociales y la experiencia en este campo fue muy rica; la teoría urbana registró en América Latina un desarrollo notable, superador de la visión de la planeación física que resultó fundamental en las reivindicaciones de los movimientos sociales.

Sus limitaciones son similares a las anteriormente mencionadas respecto a la relación ciencias sociales/arquitectura. Por un lado, se cayó en posiciones que privilegiando lo económico excesivamente y a partir de una posición determinista, planteaban una lectura unidireccional de los fenómenos urbanos en donde no tenía cabida la estructura física,

la cultura citadina, la vida cotidiana y mucho menos la planeación y el diseño urbanos. Por el otro, se arribó a una postura "sociologista" que pronto se desplazó hacia el terreno de los movimientos sociales y de ahí a la lucha política. Ambas corrientes coincidieron en otorgar a la estructura física un lugar secundario y a las intervenciones urbano-arquitectónicas un papel reformista, y ambas alejaron al arquitecto del oficio, dejándolo sin armas ni argumentos para intervenir.

Es justo señalar que ni la economía ni la sociología urbanas se agotaron en estas posturas. Bajo la influencia de la corriente francesa lograron un desarrollo notable de la investigación y de la teoría urbanas que se extendió hasta finales de los años setenta, aportando un amplio conocimiento sobre nuestras realidades urbano-regionales.

Al igual que en las ciencias sociales, a finales de los años setenta, se fue introduciendo en la planeación y la investigación urbana, el eclecticismo teórico y una visión pragmática de la ciencia.

La planeación urbana fue adoptando cada vez más, metodologías funcionalistas para abordar y resolver sus problemas. Se recurrió a herramientas y técnicas cada vez más sofisticadas y la planeación pareció perderse en un juego propio alejado de la realidad. En la teoría y la investigación urbanas se planteó la necesidad de "recobrar el dato" como método de acercamiento a la realidad y como rechazo a la globalidad de las teorías anteriores, pero con ello se dio entrada a las teorías funcionalistas y se despreció la visión totalizadora.

En alguna medida el diseño urbano se inscribe dentro de esta corriente de pensamiento. Sus intervenciones puntuales repiten el modelo según el cual no es posible transformar la estructura global y hay que limitarse a la solución de problemas concretos delimitados en el tiempo y el espacio. El diseño urbano parecía ser la escala intermedia entre la arquitectura y la teoría urbana. Se realizaba a partir de un oficio cercano al del arquitecto y sus herramientas no eran del todo diferentes. Al igual que la planeación, el diseño urbano terminó adoptando modelos para una ciudad abstracta e idealizada, limitándose exclusivamente al ámbito físico en sus preocupaciones y propuestas.

A partir de los años setenta, y en forma paralela al desarrollo de la planeación y el diseño urbanos, se fue gestando una concepción diferente de ciudad. Partía de un cuestio-

namiento a los modelos globalizadores con el reclamo de que estos no daban cuenta de la riqueza de la realidad que pretendían estudiar. Esta corriente, generada en Italia, intentaba desde la historia y desde la ciudad real, recuperar el significado histórico, cultural y vivencial de los episodios urbanos. Hablaba del espacio público, del peatón, de la memoria colectiva, de la vida cotidiana en la urbe. A nivel conceptual planteaba la posibilidad de la ciudad como arte y la necesidad del estudio de las tipologías urbano-arquitectónicas y llamaba la atención sobre la edificación menor en la conformación de la historia y la imagen de la ciudad, reasignando a las emergencias urbanas un valor simbólico de gran trascendencia para el significado y la vida de la ciudad.

Su influencia en el pensamiento arquitectónico latinoamericano fue y sigue siendo enorme. Proporcionó a los arquitectos un territorio desde el cual, anclados en la especificidad profesional, podían aportar a la construcción de la ciudad. Sus categorías de análisis eran más cercanas y, a diferencia del funcionalismo, no representaban un retorno al ámbito seguro de la profesión autosuficiente. Reconocían explícitamente un valor a la forma, al ambiente y al espacio y reclamaba de la concurrencia de diversos campos disciplinares, entre los cuales se encontraba claramente definido el de la arquitectura.

Esta corriente estableció marcadas diferencias con el diseño urbano; compartía con él la idea de ciudad a una escala menor, pero no aceptaba limitarse a la propuesta formal ordenadora. Quería ir más allá en la participación de la construcción de ambientes urbanos dotados de vida, en donde el papel del habitante fuese fundamental.

Esta postura parece haber influenciado con gran fuerza a esta arquitectura que hoy reconocemos como "latinoamericana" y está tomando un papel determinante en la conformación de una arquitectura apropiada en las ciudades menores del interior y en la que se realiza en poblados tradicionales, y presente en el debate interno de muchos grupos de asesoría que realizan un trabajo profesional en el campo de la vivienda y al interior de las universidades.

Esta nueva postura frente a la ciudad influyó en la decisión de numerosos profesionales que propugnaron por el retorno al oficio sobre bases diferentes: retornar al oficio significaba participar en la construcción de la ciudad (con todo lo que ello implicaba) desde la propia profesión. Para muchos ar-

quitectos latinoamericanos, ello significaba, regresar echando mano de todo lo aprendido en las experiencias con la vivienda, lo urbano, la universidad y las ciencias sociales.

Sería injusto descalificar en bloque toda voluntad de "retorno", considerándolo como una actitud conservadora. Sin duda no es así. Todos los intentos de acercamiento a las ciencias sociales tampoco deben ser catalogados de "sociologistas", "antropologistas" o "economistas". En el retorno al oficio encontramos también rebeldía, inconformidad ante la pérdida de la especificidad de nuestra tarea y de nuestro saber hacer. Lo que además no podemos permitir es el rechazo en bloque a ese pasado reciente sin evaluar sus logros, limitaciones y lo que aún puede aportar y sigue aportando al trabajo profesional del arquitecto latinoamericano contemporáneo.

La adscripción masiva del gremio a esta postura de retorno, resulta cuando menos sospechosa. El retorno al oficio está también sirviendo hoy para descalificar todo intento de acercamiento crítico a la arquitectura. La ebullición social de los sesenta y setenta no condujo a una transformación de la sociedad en el sentido entonces esperado, la situación actual de muchos (de casi todos) nuestros países no es mejor hoy que entonces, los problemas que afloraron en esas décadas no sólo no se resolvieron, casi todos se agudizaron, y no es negándolos como podemos solucionarlos.

La modernidad y el progreso no cumplieron lo prometido, no se socializaron "beneficiándonos" a todos por igual, su generalización fue desigual; lo que llegó de ellos a cada rincón del continente no fue ni lo esperado ni lo deseado. Y no podemos en el presente actuar ignorando esta realidad, encerrando nuestro auténtico deseo de retorno al oficio dentro de una fantasía. Lo que no debemos hacer es regresar al oficio desdeñando una experiencia que surgió de las necesidades y de la realidad de nuestros países. Ni negar a nivel discursivo una experiencia que, en gran medida, sigue viva en nuestro trabajo cotidiano.

El debate sobre las transformaciones necesarias en la práctica profesional de los arquitectos debe abrirse, y debe hacerlo a partir de los diversos modelos experimentados, por distintos que éstos parezcan. En América Latina los problemas que enfrentamos no son los comunes al "mundo desarrollado" y se están encarando ya de una manera diferente. El retorno al oficio está de hecho dándose de una manera diferente y, en la práctica cotidiana;

son muchos los arquitectos que echan mano de las ciencias sociales y del bagaje de conocimientos acumulados en el campo de la vivienda y/o de lo urbano para enfrentar y resolver los problemas que llegan a sus talleres.

Sigue siendo común en nuestros países el trabajo en equipos profesionales que recurren (sin sentirse culpables) a otros especialistas, a los grupos sociales y al usuario individual, para discutir los problemas y sus posibles soluciones. Toda reforma educativa tendiente a mejorar la formación de los futuros arquitectos, pasa necesariamente no sólo por una mayor capacitación en las habilidades propias del oficio, sino por el contacto con los "problemas reales", y ahora, por el conocimiento de nuestra historia y de nuestra realidad arquitectónica y urbana. Aún aquellos que siguen trabajando en oficinas particulares, en donde el equipo de trabajo puede reducirse al arquitecto mismo, encontramos que la actividad profesional se desarrolla contextualizándola desde referentes de carácter histórico, social y cultural. Y aunque parezca una obviedad el señalarlo, muestra práctica profesional sigue reuniendo al diseño y a la construcción, los que en otras latitudes parecen irremediabilmente condenados a la disociación.

Un último rasgo de esta práctica social alternativa se revela a través de los Encuentros de Arquitectura Latinoamericana y de la producción editorial de los últimos veinte años: estamos hablando de la reflexión teórica, actividad que si bien es común a todos los arquitectos latinoamericanos, está convirtiéndose en una línea inseparable de la producción arquitectónica contemporánea (y promete ser tan rica como la teoría urbana de los años setenta).

Esta nueva práctica atraviesa nuestro continente de sur a norte y, aunque estamos conscientes de que no es la dominante, no somos pocos los que nos sentimos identificados con ella, y creemos que debe ser reivindicada como característica de la arquitectura latinoamericana.

Notas

- 1 El término "otra arquitectura" fue acuñado por Enrique Browne y sus características serían: a) su contextualidad y la creación de lugares; b) el uso de tecnologías intermedias; c) la innovación formal sobre nuevas bases. ver: Browne, Enrique: *Otra arquitectura en América Latina*, Ed. Gustavo Gili; México, 1988 (pp. 105-108). Ver también: Browne, Enrique: "Precisiones latinoamericanas"; Ponencia

presentada al *IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*; Tlaxcala, mayo 1989; publicado por la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco y reproducido por la Revista *Artes*, Núm. 15, marzo-abril 1990. En esta ponencia se desarrollan en cuatro puntos los argumentos que sustentan el título de "otra arquitectura" y en diez puntos las características de esta arquitectura.

- 2 De entre los textos representativos de este debate cabe señalar: Frampton, Kenneth: (*Regionalismo crítico*): "Arquitectura y regionalismo crítico", Revista de Arquitectura *SCA*; Buenos Aires, septiembre 1988: "Hacia un regionalismo crítico; en Foster y otros: *La posmodernidad*, Ed. Kairos; Barcelona, 1985: "The ism of contemporary architecture", *Architectural design*; Núm. 52, 7/8; Londres, 1982: "Anti-tabula rasa: hacia un regionalismo crítico", *Revista de Occidente*, Madrid, noviembre 1984. Reproducido en la Revista *CA*, Santiago de Chile; junio 1985. Fernández Cox, Cristian (*Modernidad Apropiada*): "¿Regionalismo crítico o modernidad apropiada?", Revista *Summa*; Núm. 248; Buenos Aires, abril 1988 "Nuestra identidad sumergida por nosotros mismos", Revista *CA*, Núm. 35; Santiago de Chile, agosto, 1983; reproducido en *Summa*; Núm. 200-201; Buenos Aires, junio 1984 "Hacia una modernidad apropiada: Factores y desafíos internos", Ponencia al *III Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*; Manizales, 8-11 abril, 1987: "Modernidad apropiada"; Ponencia al *IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*, Tlaxcala, 29 mayo-2 junio, 1989, reproducida en la Revista *ARS*, Núm. 11, Santiago de Chile, julio 1989. Toca F., Antonio (*Nueva arquitectura latinoamericana*): "Una nueva arquitectura en América Latina", en Toca, A. (Ed): *Nueva Arquitectura en América Latina: Presente y Futuro*, Ed. Gustavo Gili, México, 1990: "Una arquitectura alternativa para Latinoamérica", Ponencia al *III Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*; Manizales, 1987. Reproducida en: Toca, A.: *Arquitectura Contemporánea en México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco/Gernika; México, 1989. Browne, Enrique (*Otra Arquitectura Latinoamericana*): "Líneas arquitectónicas contemporáneas en América Latina", Ponencia al *III Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*, Manizales, 1987 "Precisiones latinoamericanas", *op. cit. Otra Arquitectura en América Latina, op. cit.*
- 3 Gutiérrez, Ramón: "Intervención del arquitecto Ramón Gutiérrez en la inauguración del *III Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*", Manizales, 1987
- 4 Boza, Cristian: "Arquitectura Latinoamericana: Tradición y modernidad", Revista *ARS*; Núm. 10, Santiago de Chile, mayo, 1988, (p. 44)
- 5 Moscato, Jorge y Eliash, Humberto: "Teoría y práctica de la ciudad", Taller de verano *CEDIA*; Revista *ARS* septiembre, 1985; citado por Boza, C: *op. cit.* ver también: Moscato, Jorge: "Arquitectura en la periferia"; Eliash, Humberto: "Dimensión arquitectónica de la periferia urbana"; San Martín, Eduardo: "Ponencia sobre la periferia", Ponencias presentadas al *III Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*, Manizales, 1987; Moscato, J y Schere, R. "Hacer arquitectura en la Argentina"; Ecurra, H.: "Cómo se construye una ciudad latinoamericana?"; San Martín, E.: "Hacia una arquitectura apropiada para la periferia de Santiago"; Ponencias presentadas al *IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*, Tlaxcala, 1989.

6. Rojas, Edward: "La incidencia de la dialéctica tradición-modernidad en la obra arquitectónica regional: el caso de Chile", Ponencia al *IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*, Tlaxcala, 1989.

7. Moscato, J. y Schere, R.: *op. cit.*

8. A partir de la década de los treinta, el Estado Mexicano crea una serie de organismos y planes para la realización de programas de vivienda y equipamiento. Aunque muchas de estas obras son encargadas a arquitectos de renombre, al interior de los organismos estatales se conforman verdaderos equipos de trabajo en los cuales la participación de los arquitectos es fundamental.

En 1932, el Arq. Carlos Obregón Santacilia convoca al primer Concurso para la "Casa Obrera Mínima", del que resultan ganadores Juan Legarreta, Enrique Yáñez y Juan O'Gorman. A fines de los cuarenta, se inician los programas de construcción de conjuntos habitacionales en altura: Conjunto Miguel Alemán (1082 departamentos) de Mario Pani y Salvador Ortega; Conjunto Benito Juárez (980 departamentos) también de Pani y Ortega; la Unidad Independencia (1500 departamentos) de Prieto y Gutiérrez; Unidad Santa Fe (2200 departamentos) de Pani y García Ramos.

En 1943 se establece el Programa Nacional de Construcción de Hospitales y Clínicas, que en su primer etapa realiza 20 hospitales foráneos, en los cuales participan arquitectos, tales como: Mario Pani, Gutiérrez Camarena, Enrique de la Mora, Alonso Mariscal, Mauricio Campos, Raúl Cacho y Enrique Yáñez. En 1942 se realiza el proyecto de Enrique Yáñez para el Hospital de La Raza y entre 1952 y 1960 el del Centro Médico Nacional, también de Yáñez.

En 1932, el Departamento del Distrito Federal inicia su Programa de Construcción de Escuelas, y en 1944 se funda el CAPCE, organismo encargado del Programa Federal de Construcción de Escuelas y que en su primer etapa, bajo un plan diseñado por Villagrán, José Luis Cuevas, Pani y Yáñez, realiza 352 escuelas. Ver Vargas, Ramón: "Las reivindicaciones del funcionalismo socialista", en: *Apuntes para la historia y crítica de la arquitectura mexicana del siglo XX*, INBA, México 1982; López Rangel, Rafael: *Orígenes de la arquitectura técnica en México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1984; González L, Carlos: "Arquitectura en México durante la cuarta década" y Pinoncelly, Salvador: "La arquitectura en México 1940-60", ambos en *Apuntes para la historia...*; *op. cit.*; Katzman, Israel: *Arquitectura contemporánea Mexicana*, INAH, México.

Otros países del continente tuvieron un proceso similar. En el Uruguay, "fue preocupación de los gobiernos de la época (1920-40) fomentar la educación, promover la formación técnica y cultural, así como plasmar una importante obra pública", que se tradujo en "equipamientos colectivos, obras a escala urbana, importantes edificios públicos, a los que se agregaron significativos encargos del sector privado". Arana, M., Garabelli, L., y Livni, J.L.: "Uruguay. Búsqueda de una arquitectura apropiada", en Toca, Antonio (Ed): *Nueva arquitectura...*, *op. cit.*, (p. 31).

En Chile a raíz del sismo en 1906 se crea la Caja de Crédito Hipotecario y en 1936 la Caja de la Habitación Popular; en 1937 la Sociedad Constructora de Establecimientos Educativos (SCEE); en 1944 la Sociedad Constructora de Establecimientos Hospitalarios. Ver: Eliash, Humberto y Moreno, Manuel; *Arquitectura y*

modernidad en Chile/1925-1965, Ed. Universidad Católica de Chile; Santiago, 1989.

En Argentina, a partir de los años treinta es notoria la presencia del Estado, sin embargo, de acuerdo con los datos proporcionados por María Isabel Larrañaga y Alberto Petrini, en el periodo 1945-1955 (bajo el peronismo) se consolida la acción del Estado en grandes obras de interés social: 500 mil viviendas (un tercio del parque habitacional existente hasta entonces); 135 mil créditos destinados a la compra y construcción de unidades de vivienda (contra 20 mil otorgados entre 1886 y 1946); 4 mil nuevos establecimientos escolares; 109,200 camas de hospital (frente a las 2,507 de 1946). En: "Arquitectura de masas en la Argentina (1945-1955): hacia la búsqueda de una expresión propia", Revista *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas* Mario Buschiazzi, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Núm. 25, 1987, Buenos Aires.

9. Browne, E.: *Otra arquitectura...* *op. cit.*

10. Ballent, Anahí: "Vivienda masiva y debate arquitectónico en los años 80: asignatura pendiente", Ponencia presentada en el *IV Encuentro de Arquitectura Latinoamericana*, Tlaxcala, 1989

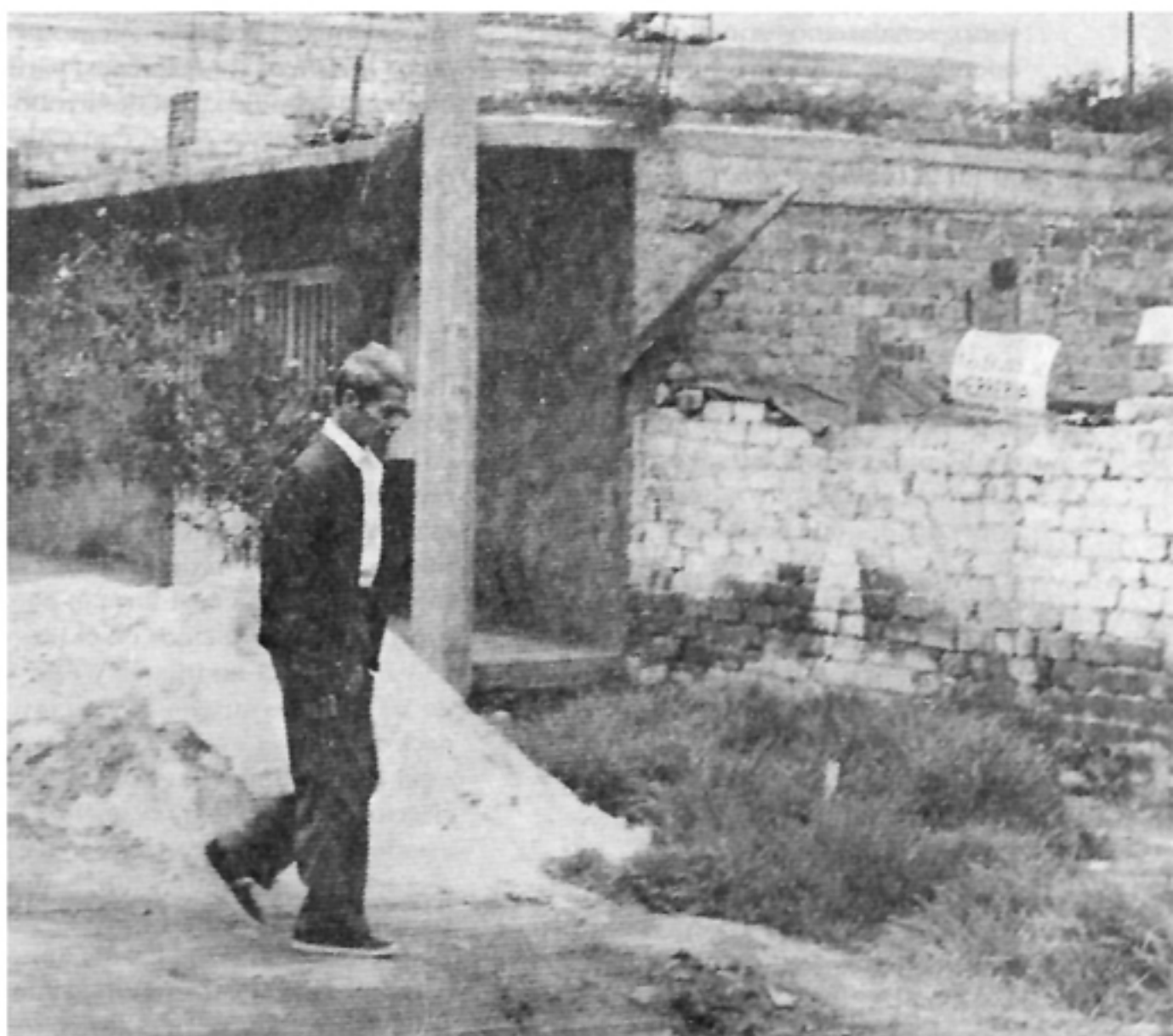
11. Las experiencias latinoamericanas en el campo de la vivienda han sido ricas y numerosas, entre ellas cabe destacar el desarrollo alcanzado por el movimiento cooperativista uruguayo, que logró un gran apoyo de grupos profesionales. Las experiencias de grupos asesores se extendieron a la Argentina, Chile, México y Brasil y otros países, y llegaron en los setenta a conformar una amplia red en donde se compartían experiencias.

Para el caso de México, es importante señalar la labor

desempeñada durante estos años y hasta la actualidad por grupos como COPEVI y CENVI que han sostenido una línea de compromiso social y de búsqueda de soluciones arquitectónicas que involucren a los usuarios en el proceso.

Es necesario también, apuntar que a raíz de los sismos de 1985, se desarrolló en México, en forma paralela a los programas oficiales, un gran número de experiencias "alternativas" de conjuntos de vivienda diseñados y construidos bajo una lógica nueva. Ver: Taller de vivienda de la UAM-X; *Alternativas de vivienda en barrios populares*; UAM-X/SEDUE; México, 1988 (publicación e investigación coordinada por Jorge Andrade y Alicia González).

12. Para México son importantes las experiencias educativas de reestructuración académica a partir de la relación Universidad-sociedad: el Autogobierno de la UAM; las Divisiones de Ciencias y Artes para el Diseño de la Universidad Autónoma Metropolitana; y las Escuelas de Arquitectura de las Universidades de Puebla, Oaxaca, Guerrero, Sinaloa.
13. Arango, Silvia, "La experiencia de la arquitectura Colombiana actual frente a la doble crisis del Movimiento Moderno" en: Toca, A. (ed.) *Nueva arquitectura en América Latina: Presente y futuro*, México, Ed. Gustavo Gili, 1990.
14. Waisman, Marina: *La estructura histórica del entorno*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1977, (pp. 18 y 19).
15. Ortiz, Víctor: *La casa, una aproximación*, UAM-X, México 1984, (pp. 67 - 80).
16. Publicado en *SUMMA*; Núm. 212, mayo 1985. Ver también Arana, M., Garabelli, L. y Livni, J.L., *op. cit.*, (pp. 39-41).



Carolina Pájaro